

LAS "GUERRAS SANTAS"

La idea de «guerra santa» parece decididamente anacrónica, pero no lo es. La situación de conflicto en Oriente Medio tiene unos términos materiales muy conocidos y muy concretos: la introducción del cuerpo extraño israelí en la zona geográfica árabe con el éxodo consiguiente de sus habitantes primitivos y la realidad de que, constituido el nuevo Estado, no es posible —ni justo— aniquilarlo ni extirparlo, las contradicciones entre los distintos regímenes árabes, el juego superior de las potencias dominantes al sostener estos desequilibrios —y fomentarlos— por unos intereses económicos —el petróleo— y estratégicos —el Mediterráneo, la clave de África—, pero sería irreal no considerar que ciertos factores de otro orden, que ahora se amparan en el término arcaico de «guerra santa» lanzado por los dirigentes religiosos islámicos como respuesta al incendio de la mezquita del Aqsa, desempeñan un papel trascendental. Ese tipo de factores están apareciendo continuamente en el mundo. Los términos del problema de Irlanda del Norte, reducidos a lo comúnmente llamado materialismo, se fijan en una situación de colonización y de explotación, pero comparcen en forma de problema religioso, no muy distinto de una traducción del término de «guerra santa». La referencia a términos de los llamados espirituales con una complejidad histórica, tradicional, nacionalista y también religiosa, aparece en la situación de Checoslovaquia, aunque su temario materialista aparezca inscrito en la «guerra fría». Cuando la U. R. S. S. y China disputan y pelean en su larga frontera se alude a problemas de nacionalismo por ambas partes, e incluso el arranque del conflicto entre esos dos países ofe-

ce la paradoja de que la interpretación del materialismo dialéctico se haya convertido en una cuestión de idealismo, de tradición y hasta de su término aparentemente contrapuesto, de espiritualismo. No es preciso insistir aquí, una vez más, en la importancia que han tenido los factores nacionalistas, religiosos y costumbristas en los recientes y fructíferos movimientos de descolonización que, materialmente hablando, eran una situación clara de enfrentamiento entre explotadores y explotados, entre hambrientos y satisfechos. El viejo término árabe de guerra santa, blandido ahora como en la Edad Media, significa una serie de cosas que aparecen, bajo distintos nombres y al servicio de varias causas, en lugares del planeta separados entre sí. Reducidos a un lenguaje común, son problemas de dignidad humana.

Sería larga y extraña la disquisición de si la dignidad es un valor material o un valor espiritual. La forma probablemente más justa de aproximarse al problema es negarse a entrar en el juego de la oposición entre material y espiritual. No parece tener sentido. Cuando Marx y los marxistas subsiguientes hablan de materialismo están hablando al mismo tiempo de valores comúnmente tenidos como espirituales —esto es especialmente patente en Rosa Luxemburgo— y la condena explícita del socialismo utópico no impidió que, más tarde, hubiese una línea de bolchevismo utópico. De la misma forma, los grandes doctrinarios de las escuelas espiritualistas de nuestro tiempo, sin distinción entre las más conservadoras y las más abiertas, no cesan de tratar de crear formas de vida materiales, de proponer o de intentar imponer sistemas de organización social, de comportamiento, de relaciones, de atribuciones y de escalas de poder. En las ciencias modernas, y sobre todo en ciertas ciencias



Oriente Medio

EL VALOR DE UNA MEZQUITA

El incendio de la mezquita del Aqsa, tercer lugar sagrado musulmán, ha prendido de nuevo la mecha de una de las vertientes más significadas de la guerra árabe-judía: la religiosa. La detención de un joven australiano como posible autor del atentado no sirve más que de intento, por parte de las autoridades de Israel, de encontrar un chivo expiatorio sobre el que car-

plano terrenal en un punto muy concreto: el monte Moriah, lugar de edificación del primer templo de Salomón —y actual emplazamiento de la mezquita del Aqsa—, descrito minuciosamente en la Biblia. Este culto a lo «geográfico» hace que la construcción de un tercer templo del judaísmo habría de llevarse a cabo en el mismo emplazamiento que conoció el primero



gar la justa indignación del mundo árabe. Intento vano. A pesar de que no se descarta la posibilidad de que el incendio sea obra de un sector extremista judío —como represalia por el atentado del día anterior ante el Muro de las Lamentaciones—, la respuesta árabe fue unánimemente condenatoria. Primero, la misma población árabe de Jerusalén salió a la calle en manifestación, desafiando las armas de las patrullas israelitas, mientras insistientemente invocaban los nombres de Nasser y Al Fatah, clamaban por la «Djihad» —guerra santa— y exigían la liberación de Palestina.

Pero este preludeo de protesta, localizado en Jerusalén, se extendió como reguero de pólvora a todas las cancellerías árabes. El mismo rey Hussein apeló a la solidaridad internacional y a la condena por el incendio del santuario del Islam. Pero lo realmente importante es que el atentado de Jerusalén supone, en todo caso, una nueva tentativa judía en restarle a Jerusalén carácter cristiano y musulmán. En este sentido, cobran actualidad las manifestaciones hechas hace dos años por un historiador judío —recogidas en un trabajo que publicó TRIUNFO en el número 270—. Decía: «Nosotros estamos ahora en el mismo sitio que David cuando liberó Jerusalén. Desde ese momento hasta la edificación del templo no transcurrió más que una sola generación. Con nosotros —sentenciaba— ocurrirá lo mismo».

Desde hace dos mil años, la fe de los judíos está basada no sólo en su «historia», sino también en su «geografía» santa. Localizan a Dios en el

de ellos. Justamente en el monte Moriah, donde, de acuerdo con la tradición judía, fue creado Adán, donde Caín y Abel ofrecieron sus sacrificios, donde Noé celebró el culto divino después de haberse salvado del diluvio y, sobre todo, donde Abraham recibió el orden de sacrificar a Isaac... Pero también los creyentes del Islam ven en el famoso episodio de la vida de Abraham un acontecimiento sagrado y, asimismo, identifican el monte Moriah como el lugar desde donde ascendió Mahoma al cielo. Por consiguiente, para reconstruir el templo de Salomón —cuyos fondos necesarios fueron entregados recientemente en un congreso de millonarios judíos celebrado en Tel-Aviv— habría que hacerlo sobre las ruinas de la mezquita destruida en parte por el incendio.

Interrogado el historiador judío sobre la embarazosa mezquita, señaló con gran calma: «La cuestión está planteada. ¿Quién sabe? Acaso sobrevenga un temblor de tierra».

Esto, dicho hace dos años, apenas tendría relieve, pero el incendio que destruyó con gran rapidez una de las alas del santuario musulmán hace cobrar importancia a la «profecía» judía. Lo cierto es que el intento de descristianización de Jerusalén vuelve sus armas contra sus autores. Heridos en lo más íntimo de sus convicciones, los países árabes que moderan sus posturas frente a Israel no tendrán otro recurso que alinearse claramente contra la agresión judía, casi permanente desde la implantación del Estado de Israel.

Perú

LA EXPROPIACION DEL PETROLEO AMERICANO

El gobierno peruano ha continuado su acción independentista con la incautación definitiva de los bienes de la International Petroleum Company, filial de la Standard Oil. Como se sabe, Perú reclama a la compañía el pago de 600 millones de dólares por la explotación, que consideraba abusiva e

indebida, del petróleo peruano desde hace cuarenta y cinco años. Fue una acción de la nueva Junta Militar —presidida por el general Velasco Alvarado—, que se estimó en un principio como puramente fiscal y realizada con la intención de quitar a la izquierda su tema de las reivindicaciones

de paralelismo muy marcado —la sociología, la psicología, la biología—, no se encuentran datos suficientes para discernir la existencia real de una oposición entre materialismo y espiritualismo. Se tiende, por el contrario, cada vez más, a la consideración del hombre total, del hombre global. No es posible concebir hoy el hombre materialmente y colmado, como aparece en las deformaciones caricaturescas de la «sociedad de consumo» o de la «civilización del ocio», si al mismo tiempo no tiene dimensiones de las llamadas espirituales, y viceversa. La crisis de la «sociedad opulenta» en los Estados Unidos —y en algunos otros países de prosperidad enfermiza, como Alemania Occidental— es una buena muestra de ello y, al mismo tiempo, de la imposibilidad de que el suministro de material espiritual proceda del Estado. La entronización de la diosa Razón o la elevación de la estatua de la Libertad no suministran conceptos suficientes.

Cuando se habla del hambre se está, generalmente, citando un valor puramente material. Se la supone un motor de guerras y revoluciones, de una causante continua de delincuencia y de agitación social. Este caso extremo del hambre es también causa de notables confusiones de valores. Existe el hambre, pero existe también la sensación de hambre. Los médicos, especialmente los que ejercen en países subdesarrollados o en zonas no privilegiadas, saben perfectamente que existe un «hambre oculta», cuyas víctimas parecen sin saber que tienen hambre, que el hambre es la causa de su muerte. Los sociólogos saben que muchas causas de revuelta social, de agitación o de delincuencia no es el hambre, sino saber que se pasa hambre —o aún que otros pasan hambre— y tener una noción valorativa de ese hambre, es decir, saber que es injusta, saber que es insostenible, saber, finalmente, que no es un castigo divino, una relación inmutable de orden, una situación irremediable. Es decir, la conjunción de las funciones materiales del hambre con sus funciones espirituales. En su novela «Espartaco», Arthur Koestler hizo una profunda descripción de esa relación indisoluble entre los términos materiales y espirituales de un gran movimiento, aunque se valiese de artificios literariamente menores, como el de dar a la rebelión de los esclavos un carácter precristiano, incluso con la presentación del personaje de un esenio, como si el cristianismo posterior se hubiese extendido en Roma a favor de una corriente o de una «situación objetiva», cuando lo que parece mucho más probable es que la aparición del sentido de dignidad humana, como factor resolutivo de una situación social injusta, fuese aportado por el cristianismo o, más bien, modelado por él como su principal aportación a un movimiento social.

La idea de «guerra santa» se interpretaría erróneamente si se tomase como una simple reacción religiosa externa por la quema de una mezquita histórica. Incorpora y canaliza unos sentimientos de dignidad ofendida, de humillación conocida, de la misma forma que el «hambre oculta» puede soportarse y la sensación de hambre injusta puede convertirse en un revulsivo. No es posible tener hoy conocimiento real de los problemas políticos del mundo —que se van haciendo crecientes en todos los sentidos, es decir, más numerosos y más amplios— sin aceptar la idea de la no existencia de una oposición entre lo llamado material y lo llamado espiritual e incluso sin la conversión en puramente abstractos de estos conceptos que han servido para enmascarar muchas situaciones.